



Psicología social: la ciencia de la persona y la sociedad

1

J. M. Sabucedo y J. F. Morales

Contenido

- Introducción
- Referencia histórica
- Aproximación psicosocial
- ¿Qué dice la psicología social sobre el comportamiento humano?
- Nuevos desarrollos en psicología social
- Resumen
- Lecturas recomendadas
- Material complementario

Objetivos de aprendizaje

Este capítulo plantea los siguientes objetivos:

- Exponer algunas de las principales ideas y debates que fueron conformando la psicología social actual.
- Definir cuál es el nivel de análisis que caracteriza a la psicología social.
- Mostrar la importancia del contexto y de las variables socioculturales para la explicación de la conducta.
- Explicar el porqué de la resistencia a determinados conocimientos psicosociales.
- Informar de algunas de las principales aportaciones de la psicología social.
- Comentar algunos de los nuevos desarrollos de esta disciplina científica.

INTRODUCCIÓN

Una de las figuras más relevantes de la psicología social, Philip G. Zimbardo (2005), afirma que hoy en día esta disciplina se ha desplazado hasta el centro neurálgico de la psicología moderna, debido a que «ilumina el funcionamiento de la mente del individuo y el alma de nuestra sociedad» (XIX). Sin duda puede haber quienes consideren esta aseveración consecuencia de un sesgo interesado. Sin embargo, confiamos en que los lectores de esta obra acaben aceptando la declaración de Zimbardo a medida que vayan conociendo lo que la psicología social aporta al conocimiento de temas tan diversos como la formación y el cambio de actitudes, la conformidad social y la influencia de los grupos, el altruismo y las conductas prosociales, los crímenes de obediencia, la identidad social, los estereotipos y el prejuicio, los movimientos sociales, los conflictos intergrupales, la violencia, etcétera.

Algunos de los temas anteriores son tratados también por otras áreas del conocimiento, desde la biología a la sociología. Si esto es así, entonces lo característico de la psicología social no puede ser únicamente lo que estudia, sino también desde qué perspectiva lo hace; éste será uno de los objetivos de este capítulo, pero antes es obligado comentar algunos de los hitos que han ido conformando la psicología social.

REFERENCIA HISTÓRICA

La historia no es una lectura lineal ni objetiva de hechos. Como otras facetas de la actividad humana, se construye seleccionando algunos acontecimientos y nombres y obviando otros. Y ésta no es una cuestión menor: el contar con unos *mitos fundadores* y no con otros puede ser utilizado, y con frecuencia lo es, para legitimar unas posiciones y cuestionar otras. Por ello, es importante ser conscientes de que hay muchas posibles maneras de contar la historia. Esto es especialmente cierto en casos como el de la psicología social, que se ha ido configurando como disciplina científica a partir de influencias y tradiciones distintas.

Ebbinghaus señaló que «la psicología tiene un largo pasado, pero una breve historia»; esto mismo cabe decir de la psicología social. Efectivamente, los temas que nos preocupan han sido tratados de diferentes maneras a lo largo de la historia del pensamiento humano, mucho antes de existir una disciplina con ese nombre. De hecho, Sahakian (1982) inicia su historia de la psicología social con referencias a Aristóteles y Platón. Pero será a partir del Renacimiento, y especialmente de la Ilustración, cuando empiecen a aparecer los antecedentes de la psicología social. Éstas fueron épocas en las que se desafió el poder político de la aristocracia y de la Iglesia, al tiempo que se buscaban nuevas vías de acceso al conocimiento que no dependiesen del dogma ni de la revelación divina. Estas etapas históricas posibilitaron una nueva visión del mundo y de los fenómenos sociales (Sabucedo, D'Adamo y García-Beaudoux, 1997).

Primeros planteamientos psicosociales

Entre los siglos XVIII y XIX surgen en Francia, Gran Bretaña y Alemania diferentes planteamientos que van a tener una gran incidencia en la evolución posterior de la psicología social. Uno de ellos, que afecta no sólo a nuestra disciplina, sino a las ciencias sociales en general, se refiere al método de conocimiento más adecuado para la aprehensión de

la realidad. Auguste Comte, una de las figuras más destacadas del positivismo, plantea que después de las etapas teológica y metafísica había llegado el momento de basar el conocimiento en la observación y en la experiencia, esto es, en el método científico. Este método tendría que ser aplicado a todas las ciencias, tanto las naturales como las sociales. Frente a ese **monismo metodológico** se alzaron algunas voces críticas: Dilthey afirmó que, dadas las diferencias que existen entre el objeto de las ciencias naturales y las del espíritu, estas últimas no pueden participar del paradigma científico-naturalista. El ser humano es básicamente una realidad histórica, por lo que precisa un método de análisis basado más en la comprensión que en la explicación. Este argumento, debidamente actualizado, estará presente en algunos de los planteamientos críticos a la psicología social formulados en el último tercio del siglo XX.

Otra de las polémicas se refería a la relación existente entre los fenómenos sociales y los psicológicos. Una de las posiciones, denominada **holismo sociológico**, sostiene que las realidades sociales tienen una entidad propia que no es reducible a elementos psicológicos. Durkheim, uno de los principales representantes de esta corriente, afirmó que «cada vez que un fenómeno social es explicado directamente por un fenómeno psíquico, se puede asegurar que la explicación es falsa» (1986, p. 116). El holismo sociológico, por tanto, establece una división clara entre fenómenos sociales y psicológicos, y afirma que los hechos sociales (las formas de pensar y actuar externas a las personas) se imponen a los individuos. Esta posición es negada radicalmente desde el **individualismo metodológico**. Spencer, defensor de esa tesis, afirma rotundamente que todas las acciones sociales son acciones de los individuos. En este caso se defiende que el análisis del comportamiento debe basarse en el individuo, pues es la única entidad real. El individualismo psicológico constituye uno de los fundamentos intelectuales sobre los que se sustentará posteriormente una de las corrientes hegemónicas de la psicología social.

Al margen de las cuestiones anteriores, en el siglo XIX se plantean dos temas de investigación relevantes que están muy unidos a las preocupaciones de la época. Uno de ellos, iniciado por Lazarus y Steinthal, tiene como objetivo analizar cuáles son las características que definen el *alma* y la psicología de los pueblos. Sin duda, el interés por esta cuestión no es ajeno al hecho de que Alemania hubiera perdido la región de Alsacia en su guerra contra Francia; buscar los elementos que caracterizan el *alma nacional* serviría para reivindicar los derechos sobre esa región.

Esta línea de trabajo sería continuada por Wilhelm Wundt, conocido también por haber creado en 1879 el primer laboratorio de psicología experimental en Leipzig. Uno de los aspectos más destacados del trabajo de Wundt es la tesis que defiende que los procesos mentales superiores, como el pensamiento y el lenguaje, son el resultado de procesos colectivos y sociales; de ahí su interés en el estudio de la psicología de los pueblos y su defensa de la complementariedad de la psicología individual y colectiva.

El otro tema planteado en el siglo XIX está estrechamente relacionado con los procesos de cambio y las movilizaciones sociales que tuvieron lugar durante ese período. La obra de Gustave Le Bon *Psicología de las masas* es un intento de explicar, y también de descalificar, la acción colectiva. Para este autor, la participación de la persona en una masa hace que su comportamiento esté guiado por los instintos, lo que provoca que descienda varios peldaños en la escalera de la civilización. Esta concepción de la masa como irracional va a influir de manera decisiva en los estudios sobre la acción colectiva. No será hasta la década de 1960 cuando surgirán teorías que destaquen la racionalidad de esta forma de acción política (Sabucedo, 1996).

Ya para finalizar las referencias casi telegráficas sobre esta etapa, conviene señalar que a finales del siglo XIX tienen lugar dos hechos que también son referentes en la historia de la psicología social: Binet y Henri

realizan un experimento que analizaba cómo la presencia de otros influía en el grado de sugestión de los niños; y cuatro años más tarde, en 1898, Triplett llevó a cabo un estudio para conocer por qué los ciclistas rinden más cuando van acompañados o cuando les marcan el ritmo. La solución que se apuntó señalaba a las respuestas ideomotoras, es decir, a los movimientos corporales de los otros, como factores que estimulan la competición. Gordon Allport (1968) atribuye al trabajo de Triplett el honor de haber sido el primer experimento de la psicología social, pero como se comentó al inicio de este capítulo, la cuestión de los fundadores o de los *mitos de origen* es siempre un aspecto debatido (Hogg y Vaughan, 2010).

Etapa de institucionalización

Uno de los acontecimientos más relevantes para la visibilidad e institucionalización de la psicología social fue la publicación en 1908 de dos manuales que llevaban por título *Psicología social*. Uno es el de William McDougall, titulado *Introducción a la psicología social*, cuyo objeto era estudiar las capacidades de la mente humana individual; para ello analiza cómo los instintos, entendidos como disposiciones innatas, inciden en el comportamiento. El autor del otro manual es Edward Ross, que considera que la tarea de esta materia es analizar los fenómenos que resultan de la interacción entre las personas. Estos fenómenos tienen una existencia independiente y determinan la conducta de los individuos. Teniendo en cuenta el planteamiento de estas obras, la de McDougall es considerada como la representante de una versión individualista de la psicología social, mientras que la de Ross ejemplificaría la perspectiva más sociológica.

Pese a que esos manuales fueron pioneros, su influencia posterior sobre la psicología social fue bastante limitada. Por el contrario, el libro de Floyd Allport de 1924 titulado *Psicología social* desempeñó un papel significativo en el desarrollo de esta disciplina en Estados Unidos. Floyd Allport asume los

planteamientos conductistas, positivistas e individualistas. En este sentido, la psicología social es una psicología del individuo, lo cual queda patente en una de sus ideas más citadas:

No hay una psicología de los grupos que no sea esencialmente y por entero una psicología de los individuos. La psicología social no debe contraponerse a la psicología del individuo, cuya conducta es estudiada en relación con aquel sector del ambiente compuesto por otros. (Allport, 1924, p. 4)

La orientación de Floyd Allport fue hegemónica durante cierto tiempo. Ello condujo a que otros planteamientos importantes y alternativos, desarrollados tanto dentro como fuera de la disciplina, quedasen un tanto relegados. Para dejar constancia de la existencia de esas otras maneras de entender lo social, citaremos, aunque de forma necesariamente breve, a dos autores pertenecientes a la conocida como escuela de Chicago. Uno es George Herbert Mead, figura clave de la corriente teórica del interaccionismo simbólico. Para Mead era importante analizar la persona dentro del grupo, pues es ahí donde adquieren pleno significado sus acciones individuales. El segundo autor es Thomas, que anticipa una idea que años después será asumida por la psicología social, pero que en ese momento choca contra el espíritu conductista dominante; esta idea, de carácter mentalista, se refiere a que las situaciones son reales y tendrán consecuencias reales si el sujeto las percibe como tales.

En estos años la psicología social adquiere conciencia como disciplina propia y empieza a ganar visibilidad y espacio institucional. En 1931 se publica el manual *Psicología social experimental* de Murphy y Murphy; en 1935 se publica el primer *Handbook of Social Psychology* editado por Murchison; en 1921 se edita el *Journal of Abnormal Psychology and Social Psychology*; en 1937, gracias a la iniciativa de Murphy y Krech se funda la *Society for Psychological Studies of Social Issues*, y varias universidades estadounidenses crean cátedras de Psicología Social. Pese a este avance, el gran

desarrollo de la psicología social estaba todavía por llegar.

Etapas de desarrollo y consolidación

El desarrollo y la consolidación definitiva de la psicología social se producen durante la Segunda Guerra Mundial y los años posteriores. Que coincidiese con ese conflicto bélico no es casualidad; una serie de aspectos contribuyeron a que ello fuese así. En primer lugar, cualquier acontecimiento de tal magnitud y dramatismo lleva a que muchas personas se cuestionen las razones que lo provocaron y las estrategias para evitar que vuelvan a producirse. En este sentido recuérdese, por ejemplo, que la Organización de las Naciones Unidas, más allá de lo que haya resultado ser al final, nació para intentar formar un gobierno mundial que evitase conflictos como el de la Segunda Guerra Mundial. En esa misma línea también cabe mencionar el intercambio epistolar que Einstein mantuvo con Freud, en el que el primero le pregunta al segundo si es posible controlar la evolución mental del hombre como para ponerlo a salvo de las psicosis del odio y la destructividad. Es decir, en aquella época se buscaban en las ciencias sociales respuestas para acabar con el drama de las guerras y construir sociedades mejores (**Fig. 1-1**). Y la psicología social parecía especialmente bien preparada para colaborar a esos objetivos; de ahí que las instituciones políticas y universitarias fuesen receptivas a lo que podía aportar esta disciplina y le dedicasen una atención muy importante.

Un segundo aspecto significativo fue la llegada a Estados Unidos de relevantes científicos sociales europeos. Cartwright (1979), con un sentido del humor discutible, comenta que si tuviese que citar un nombre que contribuyó de forma decisiva al desarrollo de la psicología social sería el de Hitler. El nazismo provocó que muchos intelectuales europeos huyesen a Estados Unidos y contribuyesen de manera importante al desarrollo de diversos campos científicos. En lo que respecta a la psicología social cabe citar, entre otros muchos, los nombres de Lewin, Heider, Kato-



Figura 1-1. Los acontecimientos políticos que se desarrollaron antes de la Segunda Guerra Mundial y después de ésta, plantearon numerosas preguntas sobre la naturaleza humana y la influencia de la situación. La psicología social obtuvo reconocimiento científico gracias a su capacidad para responder a algunos de estos interrogantes.

na, Lazarsfeld o Koehler. Entre todos ellos, Kurt Lewin fue el que más influencia tuvo; de hecho, algunos autores lo señalan como el iniciador de la psicología social moderna. Lewin no sólo planteó un nuevo modelo en la relación entre individuo y sociedad, sino que también adaptó el método experimental a las exigencias de la disciplina y mantuvo un compromiso decidido con la aplicación de los conocimientos científicos a la solución de los problemas sociales.

Moscovici y Marková (2006) realizan un análisis muy interesante sobre esa época y mencionan que a partir de ese momento pueden distinguirse dos tradiciones en la psicología social: una tradición americana autóctona y una tradición euroamericana. Pero estos autores quieren dejar claro que esta segunda tradición es genuinamente americana, «tan americana como pueden serlo las costumbres o la música italoamericana o afroamericana» (p. 33). La tradición americana autóctona estaría representada por los hermanos Allport (Floyd y Gordon), y la tradición euroamericana por Lewin.

Pero además de estas dos tradiciones, es obligado señalar que la psicología social también se expresa de manera diferente en otras regiones. Kruglanski y Stroebe (2012) mencionan las siguientes orientaciones: asiática, australiana-neozelandesa, latinoamericana y

africana. En la asiática se presta más atención a la dimensión cultural. La australiana-neozelandesa es calificada como ecléctica, pero dentro de las tradiciones de Europa y de Estados Unidos. En Latinoamérica existe una sólida trayectoria de investigación en las corrientes hegemónicas en psicología social. A partir de la década de 1970 irrumpe con mucha fuerza una corriente crítica, uno de cuyos máximos representantes es Ignacio Martín Baró, que cuestiona el individualismo y el experimentalismo. En el continente africano, donde Sudáfrica es el país con una psicología social más desarrollada, la disciplina está enfocada fundamentalmente a la solución de problemas, y su temática principal son las relaciones raciales.

Existe un tercer aspecto sobre el desarrollo de la psicología social, citado por Moscovici y Marková, que tiene especial interés debido a que revela una parte de la historia de la disciplina que no es muy conocida. Se trata de la creación de un comité transnacional sobre psicología social, apoyado por el *Social Science Research Council* de Estados Unidos, para fomentar la cooperación y formación de psicólogos sociales de diferentes países y culturas. Festinger, discípulo de Lewin, fue quien lideró esa idea; su objetivo era avanzar «desde una psicología social puramente de los Estados Unidos a una psicología social de los seres humanos» (Moscovici y Marková, p. 17). Ese comité auspició el encuentro de psicólogos sociales de diferentes partes del mundo y ayudó a crear sociedades científicas internacionales. En opinión de los autores, no cabe duda del papel relevante jugado por dicho comité transnacional en la expansión de la psicología social como hoy se conoce.

Al importante desarrollo que tuvo la disciplina en esta época le sigue un período de dudas e incertidumbre.

De la euforia a la crisis

A finales de la década de 1960 y principios de la de 1970 empiezan a manifestarse críticas sobre ciertas formas de hacer de la psicología social. Es verdad que la ciencia, por su propia natura-

leza, vive en un estado continuo de cuestionamiento y de pugna entre distintas perspectivas de análisis y orientaciones. La propia historia de la constitución de la psicología social, como vimos anteriormente, da buena prueba de ello. Además, hay que señalar que las disciplinas científicas no son ajenas al entorno en el que viven. Esta época, finales de la década de 1960, se caracteriza por cambios importantes en los ámbitos cultural, social y político.

Los elementos anteriores se conjugaron para que en esos años se hablase de una crisis en la psicología social, aunque una parte importante de la comunidad científica negase su existencia (Nederhof y Zwier, 1983). Pero al margen de lo apropiado o no del término y del significado que se le quiera dar, lo cierto es que en ese momento se realizan algunas objeciones significativas al trabajo de la psicología social, entre las que podríamos citar la orientación individualista, la pretensión de universalismo e insensibilidad hacia los condicionantes culturales, las limitaciones del método experimental, la primacía del método sobre la teoría o la poca relevancia social de los temas analizados (Ibáñez, 1990).

En el fondo, esas críticas revelan un descontento con las aportaciones que estaba realizando la psicología social. Después de la eclosión y el impacto que había tenido la disciplina en las décadas anteriores, da la sensación de que existe un cierto acomodo a determinadas prácticas y metodologías sin evaluar sus contribuciones. Moscovici y Marková (2006) sostienen que el método se impuso a la ciencia, y que aquel método que en la década de 1950 había permitido descubrir e innovar se había convertido simplemente en un método de prueba.

Las alternativas propuestas, tanto metodológicas como teóricas, no concitaron el acuerdo necesario para sustituir a las corrientes dominantes. Pero ello no implica que las reflexiones de esa época fuesen baldías: al contrario, sirvieron para reconsiderar ciertos aspectos del trabajo que se estaba haciendo, como la incorporación de las diferencias culturales y de género, y para recordar que el principal objetivo de la ciencia es lograr un

conocimiento al servicio del progreso y bienestar de los ciudadanos. Esto dio lugar, entre otros aspectos, al desarrollo de diversas áreas aplicadas, como la psicología de la salud, la psicología política o la psicología jurídica (Kruglanski y Stroebe, 2012).

APROXIMACIÓN PSICOSOCIAL

Una vez comentados algunos de los hechos y circunstancias que contribuyeron al desarrollo e institucionalización de la psicología social, es obligado referirse a cuál es su objetivo fundamental, o su aportación distintiva al estudio del comportamiento humano. Para ello ofreceremos una definición de la disciplina y señalaremos cuál es el nivel de análisis que la caracteriza.

Definición de psicología social

La definición de una disciplina no es una cuestión baladí ni un mero juego de entretenimiento académico. Según la primera acepción del *Diccionario de la lengua española*, definir significa «fijar con claridad, exactitud y precisión la significación de una palabra o la naturaleza de una persona o cosa». La definición, por tanto, supone nada menos que establecer cuál es la esencia y razón de ser de una disciplina. Por esta razón no es extraño que se produzcan duros debates sobre esta cuestión.

Una de las definiciones más ampliamente aceptadas de **psicología social** es la de Gordon Allport (1968), que señala que esta ciencia tiene como finalidad «comprender y explicar cómo los pensamientos, sentimientos y comportamientos de los seres humanos son influidos por otro ser real, imaginario o implícito» (p. 3). A pesar del éxito obtenido por esta definición, está demasiado próxima a la vertiente más individualista de la disciplina. En primer lugar, la alusión a un singular, «otro ser», parece obviar la existencia de la influencia de los grupos y normas sociales; en segundo lugar, el «otro» aparece como un simple estímulo. En nuestra opinión, esta definición pone más énfasis en el término *psicología* que en el término *social*.

La psicología social tiene razón de ser como perspectiva distinta de la psicología general precisamente porque destaca el hecho de que nuestros sentimientos, pensamientos y acciones no pueden entenderse sin la referencia a las personas con las que interactuamos, a los grupos con los que vivimos, y a las normas, valores e ideologías que nos sirven de referencia. La persona sólo adquiere sentido en relación a los otros, con los que crea realidades y espacios sociales compartidos (Fig. 1-2). En ese contexto, entendido en sentido amplio, y en el modo en que las personas lo afrontan y modifican, se encuentran las claves para el éxito o el fracaso de los proyectos personales, grupales o colectivos. El objetivo de la psicología social, por tanto, es estudiar cómo interactúan esos diferentes aspectos, cuáles son sus consecuencias y cómo afectan al bienestar individual y colectivo.

Turner (1994) se refiere a la psicología social como la ciencia de la mente y de la sociedad. La sentencia de Baltasar Gracián



Figura 1-2. Siempre supo que ella era los otros, y los otros eran ella. Así construyó un universo relacional que iluminó su mirada y la de las personas con las que compartió valores y sueños.

sobre las virtudes de la brevedad parece cumplirse una vez más en el caso de esta definición. Con la referencia a esos dos términos, mente y sociedad, Turner pone en primer plano la existencia de unas *demandas* culturales (con los valores, creencias y normas que ello representa) y situacionales que no pueden pasarse por alto a la hora de comprender o explicar el comportamiento humano. Pero al mismo tiempo también hay que señalar que ese contexto no es independiente de la acción del individuo.

Niveles de análisis y autonomía de la psicología social

El enfoque individualista en el estudio del comportamiento humano obvia la existencia de realidades sociales compartidas (normas, creencias, valores, etc.) que se crean en los procesos de interacción social. También desconoce que una parte importante de nuestra relación con los demás se hace sobre la base de la pertenencia grupal, lo que da lugar a procesos que no son reducibles a variables individuales. Éste es precisamente el problema de los planteamientos reduccionistas: brindar un tipo de explicación que no se corresponde con el tipo de pregunta que se formula. Por ejemplo, si estudiamos la violencia grupal o el genocidio, podemos encontrar que los victimarios carecen de empatía hacia los miembros del exogrupo y presentan un tipo de actividad específica en los circuitos frontosubcorticales. Pero ese conocimiento difícilmente nos ayudará a comprender las razones de ese tipo de violencia ni, lo que es aún más importante, a diseñar estrategias de prevención e intervención. Porque el genocidio empieza con la activación del proceso de categorización y continúa con la elaboración de una serie de creencias socialmente compartidas (agravios endogrupales, responsabilidad del exogrupo, deshumanización del adversario, etc.) que legitiman esa violencia y no son ajenas al contexto sociopolítico.

Adorno, Frenkel-Brunswick, Levinson y Sanford (1950), en su obra *La personalidad autoritaria*, eran también conscientes de la necesi-

dad de inscribir los factores personales dentro de una dinámica más general. Así, después de identificar lo que denominaron personalidad autoritaria, un tipo de estructura mental que hace a las personas más receptivas a los mensajes antidemocráticos, declararon de manera rotunda que:

Ningún especialista en ciencias sociales, ni aun la mayoría de los legos en la materia, duda ya de que las fuerzas políticas y económicas cumplen un papel vital en la evolución del etnocentrismo, sea en su forma institucional o en su forma psicológica individual. (p. 161)

Esta afirmación revela que a la hora de explicar el comportamiento hay que tener en cuenta los diferentes planos que están incidiendo sobre una conducta concreta. Es cierto que las conductas las realizan personas espe-

cíficas, pero sería ingenuo, además de un grave error, pensar que pueden comprenderse al margen del contexto en el que esas personas viven.

Para intentar comprender el comportamiento se puede empezar por la referencia al individuo concreto, pero después habría que decir que éstos se relacionan con otras personas, que esas personas forman parte de grupos, y que los grupos existen dentro de una sociedad y cultura determinada. En el **recuadro 1-1** se muestran estos diferentes **niveles de análisis**. Todos ellos están, como no puede ser de otra forma, interrelacionados. Pero eso no impide que puedan ser considerados de forma independiente a efectos de exposición.

En este sentido, la psicología social debe defender un discurso que se aleje de la psi-

Recuadro 1-1. Diferentes niveles de análisis del comportamiento

Nivel intrapersonal. En primer lugar hay que establecer que no existen comportamientos ni procesos psicológicos, por muy básicos que sean, que estén al margen de la influencia del entorno. En el propio campo de la genética se está produciendo un cambio importante gracias al desarrollo de la epigenética, que demuestra que nuestras experiencias y estilo de vida pueden alterar el material genético y transmitirlo a las generaciones futuras. Teniendo muy en cuenta lo que acabamos de comentar, conviene señalar que en este nivel se incluirían aquellos elementos que permiten organizar, procesar e interpretar el mundo social.

Nivel interpersonal. En este caso la atención se dirige a cómo la persona interactúa con otras en diferentes situaciones y con distintas finalidades: profesionales, afectivas, de ayuda, etc. Se activarán mecanismos relacionados con procesos atribucionales, primeras impresiones, la influencia interpersonal, etc., que influirán en el resultado de esas relaciones.

Nivel grupal. Las personas pertenecen a diferentes grupos: familia, profesión, país, etc.; esta pertenencia influye en su comportamiento a dos niveles: por una parte, en muchas ocasiones se verá influido por las normas asociadas a cada uno de los roles que desempeña en cada uno de esos grupos; por la otra, el grupo contribuye a su identidad social y, por tanto, a su auto-concepto. En este sentido, dependiendo de la situación en la que se encuentre el endogrupo en relación a los exogrupos, el individuo mantendrá una postura de aceptación o de cuestionamiento del *statu quo*.

Nivel societal. El individuo vive en un entorno en el que existen creencias sociales, normas, valores, tradiciones y leyes que han sido generadas por los miembros de una comunidad a lo largo del tiempo. Ellas constituyen, en gran medida, el *sentido común* de la sociedad. Por ello tienen un carácter prescriptivo que sanciona social, o incluso penalmente, a quienes las contravienen. Por este motivo el nivel societal también se refleja, como no puede ser de otro modo, en el comportamiento de las personas. Pero hay que aclarar que esas creencias, aunque se sitúen a nivel societal, no son inmutables, como la historia nos muestra constantemente.

cología de corte más individualista o reduccionista. Por ese motivo, diversos autores han tenido que salir, en diferentes momentos, en defensa de la autonomía de la psicología social. La posición de Morales (1985) no deja dudas al respecto:

La conclusión me parece clara: que los fenómenos de estudio de la psicología social pueden ser subsumidos bajo las variables y teorías de la psicología general es una aspiración perfectamente legítima que no ha sido demostrada todavía. Se permitirá seguramente al psicólogo social mantener frente a todos estos intentos una postura de razonado escepticismo. (p. 98)

Más contundente fue todavía el comentario de Sherif sobre el impacto que le produjo el manual de Allport durante su etapa de estudiante. Desde su experiencia en diferentes culturas, encontró sorprendente que en ese manual de tanto éxito no se hiciese referencia alguna a cómo los valores culturales, las instituciones y las ideologías afectan a los puntos de vista y preferencias de los individuos (Sherif y Sherif, 1969, p. 8). Eso les llevó a defender una psicología social que, desde su autonomía, integrase conocimientos de otras disciplinas sociales.

Es cierto que en los últimos años se han producido avances muy importantes en la psicología cognitiva que han sido recogidos por la psicología social, tal y como puede comprobarse en los capítulos de este libro, pero eso no implica que la psicología social pierda la perspectiva de análisis que le es propia. Timothy D. Wilson lo plantea de modo claro: después de destacar el auge de la psicología social cognitiva, afirma que los psicólogos sociales tienen una manera única de mirar la mente. Por esto, lo característico de la psicología social no es tanto los temas que estudia, sino la manera de hacerlo (Markus, 2004; Blanco, 1988). Esto es, la psicología social, al igual que otras disciplinas (psicología de la personalidad, psicobiología, sociología, antropología, etc.), estudia el comportamiento humano. La diferencia entre ellas es la perspectiva desde la que se anali-

za, comprende o explica ese comportamiento. De acuerdo con lo comentado anteriormente, nuestro espacio es la interdependencia entre individuos y contexto (Moscovici, 1972).

La psicología social defiende, por tanto, una posición que consideramos privilegiada para entender el comportamiento humano y determinadas dinámicas y situaciones sociales. Porque, así como es cierto que el contexto influye sobre el individuo, éste contribuye a la creación de esas realidades sociales. Esa influencia mutua da lugar en muchos casos a comportamientos inesperados o sorprendentes. En el apartado siguiente haremos referencia a alguno de esos aspectos.

¿QUÉ DICE LA PSICOLOGÍA SOCIAL SOBRE EL COMPORTAMIENTO HUMANO?

Los capítulos que conforman este libro son una buena muestra de las aportaciones de la psicología social a temas tan variados como la influencia social, la agresión, el altruismo, la conducta grupal, los estereotipos, etc. Pero más allá de esas cuestiones puntuales, la investigación psicosocial nos brinda un conocimiento muy relevante sobre algunas de las claves del comportamiento humano.

Pero antes de comentar alguna de ellas, es preciso señalar que existe una actitud de recelo ante los planteamientos de la psicología social. Briñol, Blanco y de la Corte (2008) escribieron un trabajo con el significativo título de *Sobre la resistencia a la psicología social*. Entre las varias razones para esa resistencia, estos autores señalan aquellos mensajes que no coinciden con las creencias o expectativas de las personas. Por su parte, H. R. Markus (2004), después de preguntarse por el poco impacto del pensamiento psicosocial en el trabajo de los intelectuales norteamericanos, afirma que el problema radica en que en ocasiones ese pensamiento va contra las posiciones de las corrientes culturales hegemónicas. De esas afirmaciones cabe concluir que ciertos conocimientos psicosociales se enfrentan al sentido común dominante.

A modo de curiosidad, podemos recordar que Gramsci se había encontrado en su momento con un problema similar en relación con la difusión de lo que denominaba la filosofía de la praxis. Para él esa nueva corriente de pensamiento sólo podía tener éxito si era capaz de plantear sus ideas de tal forma que conectasen con algunas de las creencias y prejuicios que conforman el sentido común de la ciudadanía. Varias décadas más tarde, Markus (2004) llega a una conclusión respecto a la psicología social similar a la de Gramsci cuando concluye, utilizando casi las mismas palabras del filósofo italiano, que deberían destacarse aquellos aspectos de la psicología que se adaptan mejor a la cultura popular (p. 21).

Pero ¿cuál es ese conocimiento psicosocial que desafía el sentido común? Diversos autores se han referido a las principales contribuciones de la psicología social (Ross, Lepper y Ward, 2010) o a los principios que sirven para unificar los conocimientos de la disciplina (Fiske, 2004). Teniendo en cuenta estas y otras aportaciones, a continuación se expone esta cuestión organizada en cinco puntos.

Realismo ingenuo

Una de las ideas centrales en psicología es que la realidad no es independiente de quien la observa. Los experimentos clásicos de Bruner y Postman a finales de la década de 1940 fueron de los primeros que cuestionaron aquella visión ingenua de un mecanismo perceptivo humano que se limitaba a registrar lo que acontecía en el

mundo real. Efectivamente, cada persona aporta a la situación una serie de experiencias y esquemas cognitivos que influyen en la manera en la que el mundo exterior es definido e interpretado. Y el comportamiento, los juicios y las emociones de las personas se manifiestan a partir de esa realidad *construida*.

La realidad no se construye de una manera azarosa, sino que responde y está al servicio de los esquemas de las personas. Como señaló Walter Lippmann (1922), «no vemos primero y después definimos; primero definimos y después vemos». El hecho de la influencia de las actitudes y creencias previas sobre la manera de percibir el mundo cuenta con el respaldo de un amplio número de investigaciones. Una de las más clásicas es la de Hastorf y Cantril publicada en 1954; este trabajo, que lleva por título *Vieron un partido (They saw a game)*, tenía como objetivo comprobar cómo un grupo de estudiantes de dos universidades norteamericanas habían percibido un partido de fútbol. Los resultados mostraron que no había un juego *ahí fuera*, sino que cada grupo de estudiantes vio un partido distinto en función de su pertenencia grupal. Un trabajo en la misma línea es el de Duncan (1976) (**Recuadro 1-2**).

En ambos estudios se puso de manifiesto un sesgo perceptivo claro: los participantes *veían* lo que querían *ver*. Lo curioso es que las personas no niegan que existan estos sesgos, sino que rechazan que les ocurra a ellos; los sesgos son algo que atañe a los demás.

Una de las causas que lleva a que las personas consideren que esos sesgos son cosa de

Recuadro 1-2. Veo lo que creo

En este caso, se trataba de comprobar cómo la interpretación de una situación interpersonal en la que una persona empujaba (aunque no de forma muy evidente) a otra está mediada por el color de la piel del *agresor* y de la *víctima*. En este estudio se empleó un diseño *2 por 2* (*agresor _blanco/negro_ por víctima _blanco/negro_*). Un grupo de estudiantes blancos tenía que evaluar esa situación. Los resultados mostraron que el empujón era considerado más violento cuando lo protagonizaba la persona negra que la blanca. Pero incluso más importante que eso fue el hecho de que, cuando el *agresor* era la persona negra, se consideraba que ese empujón estaba motivado por factores disposicionales; por el contrario, cuando el agresor era el blanco se aludía a causas situacionales.

los otros es la convicción de que su percepción refleja directamente la realidad (Pronin, 2007). Dado que este **realismo ingenuo** asume que la percepción de uno es la única correcta, los demás deberían compartirla. Si no lo hacen, será debido a alguno de los siguientes factores: *a)* están expuestos a información diferente; *b)* no tienen capacidad de alcanzar soluciones lógicas a partir de evidencias objetivas, o *c)* están sesgados por la ideología o por cualquier otro tipo de interés (Ross y Ward, 1996).

La existencia del realismo ingenuo tiene, obviamente, importantes consecuencias interpersonales e intergrupales, tres de las cuales se destacan a continuación. En primer lugar, si hay una única realidad y es la que nosotros percibimos, debemos defenderla frente a los que la puedan cuestionar. Diversas investigaciones han mostrado cómo la creencia en la existencia de una única verdad o la adhesión rígida a unos valores era una de las causas de las actitudes autoritarias y dogmáticas (Adorno et al., 1950, 1965; Rokeach, 1960). En segundo lugar, cuanto mayor sea la discrepancia respecto a la percepción de la realidad, mayor será la tendencia a considerar sesgadas las posiciones del otro. Cuanto más sesgadas se perciban, más fuerte será la reacción contra ellos. Y de esta forma se va creando una espiral que agrava el conflicto. La cuestión, entonces, es romper ese círculo infernal; algunas de las estrategias de solución de conflictos van precisamente en esa línea. En tercer lugar, es importante considerar el tipo de atribución que se hace de los sesgos del adversario. En un trabajo muy interesante, Pronin, Kennedy y Butsch (2006) demostraron que la atribución de mayor o menor racionalidad a los comportamientos de los terroristas influía en el tipo de estrategia utilizada para combatirlos: cuando se les consideraba irracionales se priorizaban las acciones militares sobre las negociadoras.

Situacionismo

Como se ha señalado anteriormente, uno de los debates clásicos en el pensamiento social es el que se refiere a la importancia conce-

didada a las características personales y a la situación a la hora de influir en el comportamiento humano. El anteriormente denominado error fundamental de atribución (Ross, 1977), rebautizado como sesgo de correspondencia (Gilbert y Malone, 1995), se refiere al hecho de que existe una tendencia a explicar la conducta de los demás sobre la base de sus disposiciones estables de personalidad y a minusvalorar la importancia de la situación. El mantenimiento de este sesgo choca con el principio lewiniano de que la conducta es una respuesta a una situación social y con una sólida evidencia empírica a favor de esa tesis.

Algunos de los experimentos más impactantes y mediáticos de la psicología social, como los de Milgram o Zimbardo, muestran cómo personas *normales* pueden llegar a cometer actos de violencia que nunca hubiesen imaginado. Determinados elementos presentes en la situación, tales como una figura de autoridad, el haber firmado un compromiso previo, el creer que se actúa por una buena causa, símbolos asociados al estatus, normas implícitas o explícitas, etc., llevaron a la gran mayoría de los participantes en esos experimentos a comportarse de una manera diferente de como lo harían en las situaciones de su vida cotidiana. Esto demuestra cómo una misma persona puede actuar de manera completamente diferente en función de la situación en la que se encuentre. El ser humano es capaz de los gestos más nobles y altruistas, pero también de los más abyectos y perversos. Pero atención: no se quiere indicar que unos seres humanos son bondadosos y otros miserables. Lo que se constata es que la misma persona que en un momento realiza un acto de generosidad hacia un desconocido es capaz, al instante siguiente, de ser el mayor enemigo para otro semejante. La historia humana cuenta, lamentablemente, con muchos ejemplos de ese tipo: desde el tristemente famoso batallón 101 de la reserva alemana, hasta la guerra de la antigua Yugoslavia. El cuadro de Escher *Límite circular IV*, que Zimbardo muestra en su muy recomendable libro *El efecto Lucifer*, ilustra esa naturaleza dual del ser humano.

Sin embargo, la importancia del contexto no atañe sólo a las acciones violentas, sino a todo el repertorio conductual de las personas. Uno de los más analizados ha sido el de la conducta prosocial. La situación que rodeó al asesinato de Kitty Genovese el 13 de marzo de 1964 en Nueva York llevó a plantearse qué importancia tienen las variables personales de los espectadores y las situacionales en la explicación de esa conducta. Latané y Darley iniciaron una fructífera línea de investigación para analizar qué variables (percepción de la gravedad del suceso, presencia de otros, atribución de competencia y costes) median en la decisión de actuar o inhibirse.

Además de los anteriores, hay una amplia lista de trabajos de diversos ámbitos de la psicología social que ponen de manifiesto la importancia del contexto: el clásico experimento de Asch sobre la presión grupal; el fenómeno del pensamiento grupal que, como muy bien ilustró Janis, es responsable de muchos grandes fracasos en la historia de la política mundial; el trabajo de Berkowitz y LePage (1967), que revela que la presencia de armas incrementa la probabilidad de conductas agresivas, o la teoría bifactorial de las emociones de Schacher y Singer (1962), que demuestra la influencia de la conducta de los otros en la interpretación de una activación fisiológica inespecífica (sentirá alegría si los otros también están alegres o enfado si ésta es la emoción de los demás).

Todas las investigaciones anteriores, y otras muchas que aparecen recogidas en diferentes capítulos de este libro, no sólo muestran la importancia que desempeña la situación para inducir un tipo de comportamiento u otro, sino que también revelan que introducir pequeños y sutiles cambios en el contexto da lugar a conductas muy diferentes. Pero a pesar de toda la evidencia acumulada, las personas todavía son reacias a aceptar el poder de la situación (Briñol et al., 2008; Nisbett y Wilson, 1977).

No es éste el momento de analizar en detalle todas las razones de esa actitud defensiva frente a la influencia de la situación, pero sí conviene apuntar por lo menos una de las

más importantes: que protege un modelo cultural de persona construido a partir de la ética protestante, del *american dream*, del individualismo y de la autonomía personal (Markus, 2004). De hecho, en las culturas no occidentales la construcción del yo es más interdependiente (Markus, Kitayama y Heiman, 1996).

No obstante, es importante destacar aquí las importantes consecuencias de adherirse al disposicionalismo y no considerar las condiciones y contextos en que viven las personas. El problema no es sólo que ese enfoque sea reduccionista, sino que impide un diagnóstico correcto acerca de las motivaciones de la conducta. Y si el diagnóstico yerra, cualquier intervención que se realice resultará ineficaz. Por ello es preciso analizar críticamente la situación en la que tienen lugar esas conductas y propiciar cambios en ese nivel. Esto es, el compromiso de la actividad científica con el bienestar del individuo pasa, en ocasiones, por cuestionar ideologías, normas y valores que atentan contra su dignidad y derechos.

El caso de las torturas en la prisión de Abu Ghraib es un buen ejemplo de lo que acabamos de comentar. Fueron personas concretas las que cometieron las torturas, eso es cierto; pero el análisis del psicólogo social debe ir más allá. La situación de guerra que se vivía, con la polarización grupal extrema que ello supone; los argumentos deshumanizadores del enemigo que habían difundido los máximos dirigentes del país; la creencia de que se estaba luchando por una causa justa y en defensa del endogrupo; el sistema carcelario, etc., ¿no tuvieron nada que ver con esas conductas de infligir un daño y de vejar al enemigo? No se trata de exculpar a los que cometieron esos crímenes, sino de señalar que puede haber otros responsables que no se identifican y nunca se juzgan debido a que se pasa por alto el análisis del contexto en el que ocurren esos comportamientos.

Persona y grupo

La presencia del sesgo disposicional, principalmente en las sociedades occidentales, ha provocado que el pensamiento lego no sea

totalmente consciente de la importancia que tiene el grupo para la persona. Pese a ello, existen innumerables ejemplos que muestran que las personas sienten una necesidad básica de pertenecer a grupos. Este requerimiento sería el resultado de la evolución, ya que las personas integradas en grupos tienen más ventajas para satisfacer sus demandas que las que están aisladas (Fiske, 2004).

Morales (2007) subraya la relevancia de la identidad grupal y señala que cumple las siguientes funciones: pertenencia psicológica, distintividad, obtención de respeto, comprensión y agencia. Esas funciones explicarían la estrecha vinculación que las personas mantienen con el grupo, que se constituye en un referente clave para su bienestar. Por esta razón pueden llegar a producirse fenómenos de conformidad y obediencia (v. capítulo 9).

La importancia del grupo fue destacada en una de las principales y más fructíferas teorías de nuestra disciplina: la teoría de la identidad social. Según esta teoría, la pertenencia grupal influye en el autoconcepto, de tal manera que ser miembro de un grupo socialmente bien valorado incrementará el autoconcepto, mientras que si el grupo tiene una valoración social negativa, nuestra autovaloración sufrirá. La valoración se establece siempre y necesariamente a través de la comparación con los demás: uno es alto, porque hay otros que lo son menos, uno es negro, porque hay otros que tienen la piel más clara, etc. Dado que el objetivo es que el endogrupo salga beneficiado en la comparación, ya que ello contribuirá a un autoconcepto positivo, el endogrupo debe buscar la mayor diferenciación positiva posible respecto al exogrupo. De esta manera, características que en principio no tienen ningún significado social se empiezan a cargar de valor porque se ponen al servicio de la causa de la diferenciación grupal. En esta pugna, evidentemente, los grupos con más poder y estatus son los que tienen la capacidad de imponer y difundir las dimensiones comparativas para juzgar el mayor o menor valor de los grupos.

La teoría de la identidad social se relaciona con un proceso psicosocial básico como es

la categorización. La categorización implica asignar estímulos similares a una categoría, y tiene un componente positivo, ya que permite ordenar y simplificar un mundo externo que es variado y complejo. De hecho, nuestro lenguaje cotidiano se refiere constantemente a categorías sociales: hablamos de los profesores, de los padres, de los españoles, de los psicólogos, etc. Pero esa categorización supone una simplificación y, por tanto, también una distorsión de la realidad. Los trabajos de Tajfel mostraron que el proceso de categorización maximiza las semejanzas intragrupalas y las diferencias intergrupales: los miembros de un mismo grupo van a ser considerados como más similares de lo que realmente son, y los miembros del exogrupo van a percibirse como más diferentes del endogrupo de lo que de hecho son. Esto pone de manifiesto el problema potencial que entraña cualquier tipo de clasificación en términos de *nosotros* frente a *ellos*. En lugar de verse lo que une, se destaca lo que separa. El conocimiento psicosocial muestra que este proceso puede provocar una fractura cognitiva y emocional intergrupal que sea la antesala de comportamientos discriminatorios y violentos. Estas reacciones, obviamente, no se producen únicamente por la categorización, sino también, como señalaba muy acertadamente Tajfel, por la historia de relaciones entre los grupos y las imágenes que han ido construyendo sobre ellos y los otros. Pero abundar en esa dinámica de categorizaciones excluyentes profundiza el conflicto. Por ello, los líderes de opinión deberían ser conscientes de los riesgos que eso entraña y dejar de jugar a aprendices de brujo abundando en las descalificaciones exgrupales. Los trabajos de Staub (2007) muestran claramente cómo esos procesos psicosociales generan ideologías de odio, que después son muy difíciles de erradicar y que pueden conducir a la violencia intergrupal y al genocidio.

Necesidades del sí mismo

La psicología social también se ha ocupado del sí mismo y de sus necesidades en relación con su entorno. De hecho, en el análisis

de los motivos sociales realizado por Fiske, se cita la pertenencia como el motivo central a partir del cual se derivan otros cuatro. De ellos, tres están directamente relacionados con el sí mismo: el conocimiento, el control y el automejoramiento.

La necesidad de conocimiento conduce a la persona a buscar toda aquella información que le sirva tanto para conocerse a sí mismo como a su entorno. En el primer caso, las personas realizan inferencias sobre sí mismas a partir, básicamente, de tres fuentes: autoobservando sus comportamientos, comparándose con los otros o autocategorizándose como miembro de un grupo y asumiendo la imagen que se tiene de él.

Además del autoconocimiento, también existe la necesidad de conocer y comprender qué ocurre en el mundo que nos rodea. En este caso, y como comentamos en el apartado anterior, la pertenencia grupal también desempeña una función de conocimiento. El endogrupo genera creencias y explicaciones sobre sí mismo, sobre los exogrupos y sobre las circunstancias y condiciones que regulan su visión del mundo. Este conocimiento permite a las personas orientarse y posicionarse frente a cuestiones relevantes de distinta naturaleza: políticas, religiosas, éticas, de costumbres, etcétera.

Pero hay circunstancias o hechos que pueden desafiar y hacernos dudar de esas creencias que se suponían bien arraigadas. En estos casos se activa el proceso de atribución causal para tratar de buscar nuevas explicaciones y un conocimiento que sustituya al que ya no resulta válido. La línea de investigación sobre los tipos de atribución y los sesgos asociados a este proceso han proporcionado un conocimiento muy interesante y útil, tal y como se muestra en el **capítulo 3**.

El control es otra de las necesidades del sí mismo. La percepción de control se deriva del hecho de que las personas son capaces de establecer una relación causal entre lo que hacen o dejan de hacer y los resultados obtenidos. De esta manera, la persona se sentirá competente y mantendrá una actitud más proactiva.

Además de lo anterior, las personas, ante todo, necesitan sentirse bien consigo mismas. Necesitan saberse apreciadas y respetadas; necesitan, aunque la expresión suene un tanto cursi, querer y ser queridas. Porque ello no sólo las acerca a los demás, sino que da sentido a su propia existencia. Y ahí encuentran, además, la fuerza para llevar a cabo su actividad diaria y para interactuar de un modo positivo y constructivo con los demás (Fiske, 2004).

La necesidad anterior hace que el auto-mejoramiento sea un elemento fundamental para el sí mismo (Sedikides, 1993). Se trata de prestar atención a todo aquello que ofrece una imagen positiva y de infravalorar lo negativo. Esto se logra de distintas maneras: atribuyéndose los éxitos y responsabilizando a los otros de los fracasos, no otorgando credibilidad a las críticas, pero dar por ciertos los elogios, y creerse mejor que la media en todos aquellos aspectos que estén socialmente bien valorados.

Por último, otra motivación básica de la conducta que ha dado lugar a una muy importante línea de investigación en psicología social es la consistencia (Festinger, 1957). Este planteamiento apunta a que las personas necesitan tener un sistema de creencias que sea coherente entre sí y con su conducta. Cuando esos elementos se descompensan, el *sistema* se activa para restablecer el equilibrio entre ellos. La consistencia es un rasgo socialmente bien valorado y por ello las personas tratarán de mantenerlo. Esto explica el resultado contraintuitivo del experimento realizado por Festinger y Carlsmith en 1959: dos grupos de personas fueron inducidas a actuar de manera contraria a sus actitudes. Por realizar esa tarea uno de los grupos recibió un dólar y el otro, veinte dólares. Posteriormente se les preguntó por su actitud hacia la tarea. Un grupo la consideró positiva y el otro la siguió juzgando negativa. ¿Qué grupo cambió de actitud? No fue el que obtuvo la mayor recompensa, sino el que recibió menor recompensa. ¿Qué mecanismo psicológico explica esos resultados? la disonancia. El grupo con una recompensa mayor pudo justificar

su conducta atribuyéndola a la recompensa recibida. Por el contrario, recibir solamente un dólar no era motivación suficiente para explicar un comportamiento contrario a las actitudes. Por ello, esa disonancia presionó para cambiar la actitud.

Efecto de las expectativas y creencias sobre la conducta

Ross et al. (2010) señalan que uno de los aspectos que más llama la atención a los legos en nuestra disciplina es la influencia que nuestras expectativas y creencias, así como las que los demás tienen sobre nosotros, ejercen sobre nuestro comportamiento.

Existe una línea de investigación que demuestra la cara amable de ese efecto, es decir, la capacidad de la persona para afrontar situaciones adversas a partir de unas creencias positivas. Taylor y Armor (1996) demuestran que las ilusiones positivas, como el optimismo poco realista o la percepción exagerada de control, resultan en determinadas circunstancias eficaces para abordar situaciones extremadamente adversas. En este ámbito de investigación, el trabajo de Bandura (1997) sobre las creencias de autoeficacia resulta especialmente relevante. Estos planteamientos han sido aplicados a un amplio número de áreas, desde la educación al deporte, pasando por la política. Sobre este último aspecto conviene mencionar la importancia que tiene la percepción de eficacia política grupal para las acciones colectivas. Sin ella, la movilización sería muy difícil. La autoeficacia y/o la eficacia grupal es justo lo contrario a los sentimientos de fatalismo a los que aludía Ignacio Martín Baró para explicar la inacción política de determinados colectivos y comunidades.

Pero así como las expectativas de éxito pueden ayudar a conseguir aquello que se desea, el fenómeno de la autoanticipación de un mal resultado (Berglas y Jones, 1978) puede contribuir justamente a lo contrario. Esto ocurre cuando las personas, anticipando una mala ejecución, realizan una atribución externa antes de que aquella llegue a producirse.

De esta manera eluden su responsabilidad ante el posible fracaso. El problema radica en que esta actitud puede llevar a que no se esfuercen todo lo que debieran, provocando el resultado que temían.

Un fenómeno semejante al anterior, pero de naturaleza interpersonal, es la profecía autocumplida. El conocido trabajo de Rosenthal y Jacobson (1968) mostró cómo las expectativas inducidas a un grupo de profesores sobre la capacidad de los estudiantes influían en la evaluación que hacían sobre ellos y en el propio rendimiento de aquéllos. Otro de los trabajos clásicos en esta línea es el de Word, Zanna y Cooper (1974), que puso de manifiesto que las expectativas negativas de un grupo de entrevistadores blancos incidían en sus reacciones ante los entrevistados negros, provocando que éstos obtuviesen peores resultados.

A lo largo de este capítulo se ha mostrado en diversas ocasiones la influencia del contexto y de las creencias sociales compartidas sobre la conducta; el fenómeno de la amenaza del estereotipo (Steele y Aronson, 1995) es un ejemplo más. Este fenómeno es una de las consecuencias de un clima social en el que existen una serie de creencias adversas sobre determinados grupos, generalmente aquéllos de menos poder y estatus. En este caso, las personas pertenecientes a esos grupos se sienten presionadas por esa imagen social negativa sobre ellas, lo que puede llevarles a cometer errores que confirman ese estereotipo (**Recuadro 1-3**).

Los trabajos anteriores muestran cómo las expectativas propias y/o de los otros influyen de manera importante en la actuación de las personas que son objeto de ellas. Pero en nuestra opinión, y a pesar de algunas críticas metodológicas, los experimentos llevados a cabo en la década 1940 por Kenneth Bancroft Clark y Mamie Phipps Clark (**Fig. 1-3**) con muñecas blancas y negras resultaron especialmente relevantes. En primer lugar, porque mostraron cómo la existencia de un clima generalizado de creencias negativas sobre un grupo puede llevar a que sus miembros se infravaloren. Sin duda, éste es uno de los efec-

Recuadro 1-3. El rector y la amenaza del estereotipo

Lawrence Summers, rector de la Universidad de Harvard, afirmó el 14 de enero de 2005 que la menor presencia de las mujeres en el ámbito de las enseñanzas técnicas e ingenierías era debido a sus menores aptitudes en este campo. Esas declaraciones provocaron, obviamente, una gran polémica. Desde la perspectiva de la amenaza del estereotipo, el problema de esa declaración no es simplemente si es correcta o no, sino que la simple manifestación de dicha opinión por parte de una figura académica destacada está reforzando esa creencia negativa sobre las mujeres. Y éste no es un tema baladí; de hecho, en el trabajo de Dar-Nimrod y Heine (2006) se muestra cómo aquellas mujeres que asumen ese planteamiento adverso sobre ellas obtienen un peor rendimiento en matemáticas.

La existencia del fenómeno de la amenaza del estereotipo debe suponer una llamada de responsabilidad a los científicos, líderes de opinión y medios de comunicación para que se abstengan de difundir teorías u opiniones negativas sobre ciertos grupos. Las consecuencias de una actuación hecha a la ligera en este terreno suponen daño y sufrimiento para muchas personas.



Figura 1-3. El trabajo de Clark y Clark es un ejemplo claro de cómo desde el compromiso con una actividad científica al servicio del bienestar de las personas, se puede contribuir a cambiar situaciones sociales injustas.

tos sociales más perversos que puedan darse: que un ser humano llegue a considerarse peor que otro, llegando incluso a odiarse a sí mismo, por el hecho de tener un color de piel, un acento, una procedencia geográfica, un rasgo físico, etc. diferente al de los miembros del

grupo que impone esos criterios comparativos. En segundo lugar, porque los resultados de esos estudios contribuyeron a que la Corte Suprema de Justicia suprimiese en 1954 la segregación racial en las escuelas estadounidenses. Earl Warren, presidente de dicha Corte, hizo constar en la sentencia que la segregación producía un sentimiento de inferioridad que afectaba de un modo prácticamente irreversible a los corazones y mentes de las personas que la sufrían.

De lo anterior se deduce que las expectativas y creencias ejercen una influencia importante en el comportamiento. La psicología social no sólo ha puesto de manifiesto la ocurrencia de ese hecho en ámbitos a veces poco conocidos, sino que también explica a través de qué mecanismos se produce. Pero más allá de esto, muchas de las investigaciones citadas anteriormente muestran de forma clara que esas expectativas y creencias conforman las representaciones sociales o el *sentido común* de un tiempo y un lugar. Es aquí donde, de nuevo, se encuentran sujeto y sociedad construyéndose mutuamente.

NUEVOS DESARROLLOS EN PSICOLOGÍA SOCIAL

Una de las consecuencias de la crisis fue la visibilidad de ciertos planteamientos teóricos

que hasta ese momento no eran muy conocidos y la aparición de otras corrientes alternativas. Ibáñez (1990) es consciente de su heterogeneidad y las agrupa en cuatro categorías u orientaciones: teoría de la acción, dialéctica, hermenéutica y construccionista. Asimismo, en cada categoría diferencia distintas tendencias, como es el caso de la teoría de la acción, en la que también incorpora el análisis del discurso y la psicología retórica. Ya con una cierta perspectiva temporal podemos comprobar que, si bien algunas de esas formulaciones plantean cuestiones de interés, ninguna de ellas ha contado con el suficiente respaldo de la comunidad psicosocial para convertirse en alternativa sólida a las corrientes más consolidadas (Jahoda, 2007).

Otro de los desarrollos recientes de la psicología social, la psicología social evolutiva, tiene su origen en la teoría de Darwin. En la década de 1970 Wilson publicó un libro llamado *Sociobiología* que recibió duras críticas por parte de bastantes psicólogos. Pero poco a poco, la idea de que algunos comportamientos humanos referidos a aspectos como el altruismo, la cooperación o la agresión están relacionados con procesos de evolución de la especie ha sido tomada con interés por ciertos autores. De hecho, la psicología social evolutiva es uno de los capítulos que forma parte de la 5ª edición del *Handbook of Social Psychology* (2010). Pero de nuevo aquí hay que hacer referencia a que las tesis evolucionistas no

invalidan las influencias sociales; al contrario, estas últimas pueden hacer que aquéllas lleguen a manifestarse o no, o hacerlo de una u otra manera.

La neurociencia social es una de las líneas de trabajo que se ha desarrollado de manera importante durante los últimos años. Como se mostró en apartados previos, los análisis reduccionistas pueden distorsionar la perspectiva psicosocial. Por ello, el reto consiste en resistir la tentación de acabar explicando un comportamiento social sobre la base de algún proceso neurológico o bioquímico. Las técnicas de resonancia magnética funcional, desarrolladas recientemente y que permiten obtener imágenes de la actividad del cerebro mientras realiza una tarea, pueden llegar a ser tan seductoras que acaben por confundir respecto a cuál es el nivel de análisis adecuado para explicar esa conducta. Pero este riesgo parece no existir en la actual neurociencia social. Cacioppo, Berntson y Decety (2012) apuestan por un programa de investigación en el que la psicología social conozca la neurobiología de los procesos sociales, y las ciencias neurológicas y médicas asuman el impacto que los factores sociales tienen sobre la fisiología y la salud. Aunque ya hay algunos resultados interesantes, todavía es pronto para evaluar cuál es el recorrido de esta propuesta; pero desde una actitud científica, la exploración de nuevos caminos hacia el conocimiento y la colaboración interdisciplinar siempre es bienvenida.

RESUMEN

La psicología social tiene sus antecedentes en el siglo XIX en Europa, pero es en Estados Unidos donde se inicia de manera formal, con la publicación en 1908 de dos manuales con el título de Psicología social, uno escrito por un psicólogo (McDougall) y el otro por un sociólogo (Ross). A pesar de que en un primer momento conviven estas dos orientaciones, poco tiempo después el enfoque conductista, positivista e individualista se convertirá en el hegemónico.

El desarrollo y la consolidación definitiva de esta disciplina científica se producen durante la Segunda Guerra Mundial y en los años posteriores. La llegada de importantes científicos sociales europeos a Estados Unidos, como es el caso de Lewin, supone el inicio de una de las etapas más brillantes de la psicología social. Esta perspectiva euroamericana, que se

(continúa en la página siguiente)

RESUMEN

(viene de la página anterior)

convierte en alternativa a la orientación individualista, reconoce la importancia del contexto, presta atención a las dinámicas grupales, diseña un tipo de experimentos adaptado a la problemática psicosocial y se interesa por su aplicación.

La psicología social aborda un importante número de cuestiones y problemas sociales, desde la influencia social al prejuicio, pasando por la agresión, el cambio de actitudes, el comportamiento colectivo, etc. Pero lo que define a esta disciplina no son tanto los temas que estudia como la manera en que lo hace: frente a cualquier tipo de reduccionismo, analiza el comportamiento como resultado de la interacción entre persona y contexto.

En ocasiones, el conocimiento psicosocial es contraintuitivo, y por ello tiene dificultades para ser aceptado, ya que contradice el sentido común dominante. En este capítulo se ilustra ese conocimiento aludiendo a cinco cuestiones: el realismo ingenuo, el situacionismo, la relación entre persona y grupo, las necesidades del sí mismo y los efectos de las expectativas y creencias sobre la conducta. Esto ofrece una visión general de algunas de las contribuciones más significativas de la psicología social.



LECTURAS RECOMENDADAS

- **Álvaro, J. L. y Garrido, A. (2003).** *Psicología social: perspectivas psicológicas y sociológicas*. Madrid: McGraw-Hill.

El objetivo fundamental de este libro es destacar que la psicología social es una disciplina que se fue construyendo a partir de las contribuciones tanto de la psicología como de la sociología.

- **Blanco, A. (1988).** *Cinco tradiciones en la psicología social*. Madrid: Morata.

En esta obra se defiende que la psicología social es «un único rostro» que se presenta bajo «cinco máscaras» diferentes. En el libro se presentan y analizan cada una de ellas: grupal, individualista, institucional, lewiniana e histórico-dialéctica.

- **Ibáñez, T. (1990).** *Aproximaciones a la psicología social*. Girona: Sendai.

Este libro da cuenta de las diversas tensiones teóricas y epistemológicas que acompañaron al desarrollo de la psicología social. Se presta una especial atención a la génesis y consecuencias de la crisis de la disciplina, y se exponen algunas de las principales orientaciones alternativas.

- **Jahoda, G. (2007).** *A History of Social Psychology: From the Eighteenth-Century Enlightenment to the Second World War*. Cambridge: Cambridge University Press.

Lo más destacado de este trabajo es que presenta de forma sucinta y clara algunas de las ideas y autores que se encuentran entre los antecedentes intelectuales de la psicología social.

- **Morales, J. F. y Moya, M. C. (2007).** Definición de psicología social. En J. F. Morales, M. C. Moya, E. Gaviria e I. Cuadrado (Coords.), *Psicología social* (3ª ed., pp. 3-31). Madrid: McGraw-Hill.

En este capítulo introductorio a la psicología social se presta especial atención a cómo se articulan los procesos individuales y estructurales que explican el comportamiento social.

- **Moscovici, S. y Marková, I. (2006).** *The Making of Modern Social Psychology: The Hidden Story of How an International Social Science was Created*. Cambridge: Polity Press.

Brinda una información muy detallada y de primera mano sobre la influencia del comité transnacional de psicología social en el desarrollo internacional de la disciplina. Se acompaña de un análisis interesante sobre las contribuciones de Estados Unidos y de Europa a la psicología social.

- Ross, L., Lepper, M. y Ward, A. (2010). *History of Social Psychology: Insights, Challenges, and Contributions to Theory and Application*. En S. T. Fiske, D. T. Gilbert y G. Lindzey (Eds.). *Handbook of Social Psychology* (5ª ed., pp. 3-50), Hoboken, N.J.: Wiley.

Los autores realizan un amplio análisis sobre las influencias en psicología social, sobre sus principales áreas de trabajo y contribuciones, y sobre los desarrollos futuros de la disciplina.

- Sabucedo, J. M., D'Adamo, O. y García-Beaudoux, V. (1997). *Fundamentos de psicología social*. Madrid: Siglo XXI.

La perspectiva histórica y crítica de esta obra ofrece una información amplia, detallada y sistemática sobre las diversas temáticas y debates teóricos y metodológicos que, desde sus inicios, han caracterizado a la psicología social.

Material complementario



- Actividad práctica: **explicaciones de la conducta social y sus tipos.**
- Enlaces relacionados.
- Cine y literatura.
- Preguntas de autoevaluación.

